

Iris Rivera

La escuela corre el riesgo de ir a lo seguro

ENTREVISTA A IRIS RIVERA

(Entrevista realizada por Cristina Planas y Gabriela Purvis)

Revista: Como docente y escritora ¿cómo crees que nos “convertimos” en lectores?

Iris Rivera: Para mí, ya nacemos lectores. Leemos el mundo con los cinco sentidos, con los seis. De ahí a querer leer lo que en el mundo anda escrito, hay apenas un paso. A veces cuesta dar ese paso y eso debe de tener muchas causas. Una de las tantas puede ser que se nos haya ido aplacando la curiosidad con la que nacimos, que nos dejen de picar las preguntas. Quisiera ubicar al dermatólogo que alivia esa picazón, clausurar el laboratorio que fabrica esa crema. Para mí, nos volvemos lectores de literatura cuando nadie nos pone en tratamiento... o cuando el tratamiento fracasó.

¿Qué lugar ocupa la escuela en esto? ¿Crees que es un mandato social o una de las tareas que debe asumir? ¿Por qué?

La escuela corre el riesgo de recetar cremas. Muchas veces, creyendo hacer un bien, la escuela puede aliviar la picazón, siendo que las personas leemos porque nos pica. La escuela puede ponernos en situación de interrogados, siendo que nos sentimos interrogantes. Basta mirar las guías didácticas que aparecen en los libros de texto: parecen elaboradas por interrogadores seriales. Para mí, la función de la escuela tiene que ver con no ahuyentar lectores en el intento de atraerlos. Es una tarea difícil: los docentes que no morimos como lectores fue porque nos resistimos con uñas y dientes. De todos modos, contra viento y marea,

esta es una tarea de la escuela. Si no sucede en los hogares, la escuela es la oportunidad. Graciela Montes diría “la gran ocasión”. Y los maestros, capacitándonos, curiosos siempre, somos los que podemos tirar a la basura todos los potes de cremas antipicazón. No hace falta esperar a que se vengan: ya están vencidos.

Entonces, ¿qué sucede cuando la literatura ingresa al aula? ¿Cuál es tu experiencia?

La literatura, en los años 80 (ahí empieza mi experiencia), entró como aire fresco. Muy fresca entró, y levantó revuelo. Hoy no veo tanta frescura. Me parece que algunas prácticas se cristalizaron, quedaron en la pura cáscara y perdieron su esencia. Que la palabra entre a la escuela como arte debería, creo yo, generar circulación de la palabra misma, encuentros de conversación sobre lecturas donde las voces de todos tengan espacio, sean escuchadas. Por suerte (mejor dicho, por trabajo y capacitación) encuentro cada vez más docentes capaces de no ahogar, con respuestas de manual, las preguntas en trance de nacer que traen los niños. Son docentes e instituciones que tampoco ahogan sus propias inquietudes. Hablo de gente que no renunció a seguir preguntando y preguntándose cómo hacer para que la literatura deje de ser la excusa para evaluar la supuesta “comprensión lectora” de los niños.

rivera1

Foto de la Dirección de Prensa y Comunicación, DGCyE, provincia de Buenos Aires.

Finalmente, los docentes te leen y escuchan, eso ya lo sabés. ¿Qué comentario, mensaje, pedido les harías?

Me parece que la escuela corre el riesgo de ir a lo seguro, de jugar, como dice Graciela Montes, “un juego mentiroso, un juego ya jugado”. Sigo citándola: “Como en esas fiestas de cumpleaños dirigidas hasta

la minucia por expertos animadores. Puro trámite. Demasiadas seguridades. Un exceso de eficacia". Mientras tanto, el juego, la literatura son otra cosa. El arte es otra cosa y todos tenemos derecho a saber -no por explicación, sino por experiencia- de qué se trata.